JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

A – 22-XI-2026
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

«Heredad el Reino preparado para vosotros» (Mt 25,34)

La imagen del rey en todo Oriente próximo, también en la Biblia, es la de un pastor. Y en la lectura de Ezequiel, traída por la liturgia para la fiesta de Jesucristo Rey, es la imagen del rey que lo es *para* su pueblo; la del pastor *para* su pueblo: **«Yo mismo buscaré mi rebaño..., lo cuidaré..., lo cuidaré..., lo libraré... sacándolo... Yo mismo apacentaré..., las haré reposar... Buscaré la oveja perdida..., recogeré... vendaré... fortaleceré... guardaré... apacentaré...».** Rey y Pastor para su pueblo.

Dios ha cuidado siempre a su pueblo, pero con las palabras de Ezequiel promete un cuidado nuevo: hacerlo no por medio de profetas, reyes o sacerdotes, sino hacerse presente él mismo en medio de su pueblo y cuidarlo personalmente. Esa promesa miraba a Jesús, que puso su tienda entre nosotros y habita entre nosotros. **«Yo soy el buen pastor»** (Jn 10,11), dice a los suyos. Y a Pilato, cuando le pregunta si es rey, le responde: **«Tú lo dices: soy rey»** (Jn 18,37). Y los cuidados prometidos en Ezequiel (**recogeré... vendaré... fortaleceré... guardaré... apacentaré)**, miraban a las palabras, los milagros, los gestos de Jesús; y, sobre todo, su cruz, que es el momento clave: cuando es entronizado. Toma posesión de su reino precisamente al darse a su pueblo. Allí es coronado *Rey para su pueblo*. No en vano, sobre su cabeza colgará la inscripción I.N.R.I.: "Jesús Nazareno" es su nombre y "Rey" es su título: Jesús Nazareno, Rey.

El último de los cuidados del rey pastor anunciado en Ezequiel es juzgar y separar las cabras de las ovejas, los machos cabríos de los carneros: **«Yo voy a juzgar entre oveja y oveja, entre carnero y macho cabrío»**. ¿Cuál creéis que será el criterio de juicio y de separación entre unos y otros? ¿Cuál será el criterio para señalar a uno como oveja y a otro como cabra, a uno como carnero y a otro como macho cabrío? El criterio de juicio y separación no es otro que el de acoger o despreciar el don que Cristo hace de sí. Unos, soberbios, despreciarán el don que Cristo hace de sí en la cruz, juzgándolo cosa de nada, necedad o escándalo; negándose a reconocer en él el amor del alma y, desde luego, negándose a imitarlo. Esos son el macho cabrío y las cabras. Otros, humildes por la experiencia de su miseria, reconocerán a su Salvador y al amor de su alma; se abrazarán a ese amor crucificado, se unirán a él y lo imitarán. Esos son el carnero y las ovejas. En el fondo, es la separación de los que no son suyos, que se creen autosuficientes y siguen su propio camino, alejándose de él; y de los que son suyos, que se abrazan a sus cuidados y comparten su vida, que un día llegan a compartir sus sentimientos y, por fin, aunque sea en el último aliento, compartirán su sacrificio. De estos dirá Jesús: **«Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo preparo para vosotros el reino como me lo preparó mi Padre a mí»** (Lc 22,28-29).

¿Por qué este juicio y esta separación? Porque el amor no puede violentar el alma. Cristo no se impone. Se ofrece a todos, pero solo puede consumar su amor con quien le acoge. De esos es Pastor: **«Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas»** (Jn 10,14-15).

Son palabras del evangelio de san Juan, que enseguida añade: **«Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen»** (Jn 10,27). ¿Cómo seguirlo y ser suyos? El evangelio de hoy, de san Mateo, nos lo indica: **«Tuve hambre y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber. Fui forastero y me hospedasteis. Estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme»**. Lo seguimos obrando la misericordia, ejercitándonos en la misericordia. Pero hay que entenderlo bien: se trata de su misericordia, la que él usa con nosotros. No una misericordia raquítica y escuálida, sino su gran misericordia. Los cristianos hemos de practicar las obras de misericordia, las corporales y las espirituales, pero a veces las hemos entendido raquíticamente: una limosna de vez en cuando, atender una

necesidad concreta de forma puntual. No es eso. Y no es que tenga que ser una misericordia un poco más grande, o mucho más grande. Se trata, más bien, de practicar la misericordia divina, cuya fuente y medida no está en nosotros, sino en Dios. Se trata de prolongar la misericordia que recibimos de Cristo, extenderla con nuestras manos y nuestra vida. Quien sigue a Cristo y persevera en su compañía y comparte su vida, ha de compartir también su misericordia hacia los hombres. Practicando la misericordia lo seguimos y estamos con él, no simplemente a su lado, sino con él, íntimamente unidos a él, compartiendo ese movimiento de su corazón, que es la misericordia. Y aquí sucede algo fantástico, un premio enorme: que al practicar la misericordia con los pobres o los ignorantes, con los enfermos o los rebeldes, o con los que nos ofenden... nos encontramos obrando la misericordia con Él, con Cristo: **«a mí me lo hicisteis»**. Obramos la misericordia con él, cuya misericordia siempre necesitamos.

Ahora, al considerar la necesidad de practicar la misericordia no penséis en situaciones ideales, teóricas o futuras que quizá nunca lleguen: *«Cuando me encuentre en tal situación... Cuando vea a alguien angustiado, me acercaré y le hablaré del amor de Dios... Cuando vea a un pobre...»* Ese *«cuando»* nos saca de lo real, nos introduce en una mentira, en algo que posiblemente nunca llegará. La necesidad de practicar la misericordia no es para el futuro ni se refiere a gente lejana; se refiere al aquí y al ahora. Abrid los ojos, estad atentos cada día. Mira y atiende al que tienes cerca. Ocúpate del que quizá te has cansado: tu amigo, tu esposo, tu hijo, tu vecino... y mira esa necesidad que está ante ti, en la que hace mucho no quieres reparar. Vive la misericordia hoy, y alégrate de poder hacerlo, porque sirves a tu hermano y en él a Cristo. Y el Rey te dirá: **«Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo»**.

Daos cuenta de que no se trata de palabras más o menos bonitas, sino de un juicio que será para la eternidad de cada uno de nosotros. Siguiendo la palabra de Cristo, la Iglesia enseña desde el principio que seremos juzgados por él conforme al criterio de la caridad divina. El final del Evangelio es tajante: los que no practicaron la misericordia **«irán al castigo eterno»**; los que la practicaron **«a la vida eterna»**.

Por último, la alegría de servir a Cristo y de unirte a él practicando la misericordia debe crecer al entender que eso nos abre la puerta no a algo pequeño, sino a Dios. Cristo nos dará la vida divina. Habitualmente tenemos una imagen miserable de la vida divina y por eso nos aferramos a esta vida terrena en la que sufrimos tanto. Al pensar en la vida eterna, proyectamos allí esta vida terrena, tan solo algo mejorada. Pero somos incapaces de imaginar, de pensar y de desear una vida más alta, un amor más alto. Somos incapaces de dirigir nuestro corazón directamente a Dios. Y eso es justo lo que Cristo ha ganado para nosotros: no una vida pobre como esta, sino la vida de Dios, Dios mismo.

San Pablo resume lo que esperamos en la última frase que hemos escuchado: **«Dios será todo en todos»**. Dios, que lo es todo para su Hijo, lo será también para cada uno de aquellos a los que su Hijo lleve hasta su presencia: **«Dios será todo en todos»**. Este es el reinado de Cristo: nosotros en Jesucristo; él en Dios; nosotros en Dios; y Dios en nosotros.

Alabado sea Jesucristo
Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.